

RESUMEN CRONOLOGICO.

FONTAINEBLEAU. — ISLA DE ELBA. — PARIS.

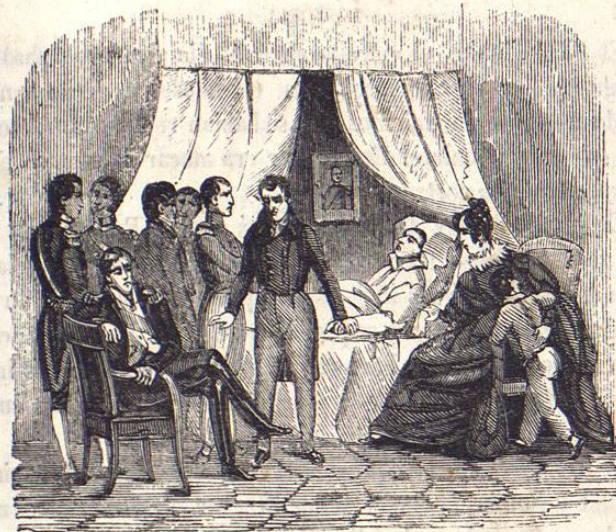
ABDICACION. — VUELTA Á FRANCIA.

1814.

- 1.º de abril. Proclama del consejo general del departamento del Sena.
- Institucion de un gobierno provisorio.
- 2. — El senado proclama la destitucion del Emperador.
- 4. — Primera abdicacion del Emperador en favor de su hijo.
- 5. — Convenio de Chevilly entre el mariscal Marmont y el príncipe de Schwartzberg.
- 6. — Constitucion decretada por el senado.
- Decreto del gobierno provisorio declarando que la escarpela blanca vuelve á ser escarpela nacional.
- 10. — Batalla de Tolosa.
- 11. — Acta de abdicacion del emperador Napoleon.
- Tratado de Paris entre los plenipotenciarios de Napoleon y los ministros de Austria, de Rusia y de Prusia.
- 12. — Entrada del conde de Artois en Paris.
- 16. — Convenio para la evacuacion de la Italia.
- 20. — El Emperador parte para la isla de Elba.
- Evacuacion de Venecia.
- 21. — Evacuacion de Génova.
- 3 de mayo. Llegada del Emperador á la isla de Elba.

1815.

- 26 de febrero. El Emperador sale de la isla de Elba.
- 1.º de marzo. Desembarco del Emperador en el golfo Juan.
- 7. — Entrada del Emperador en Grenoble.
- 10. — Entrada del Emperador en Lyon.
- 16. — Sesion régia de los cámaras reunidas.
- 20. — El rey Luis XVIII sale de Paris en la noche del 19 al 20.
- Llegada del Emperador á las Tullerías.
- 25. — Tratado de Viena contra Napoleon.
- Abril. Combate del puente Saint-Espirit.
- Capitulacion del duque de Angulema.
- 22. — Acta adicional á las constituciones del imperio.
- 26-27. — Los emperadores de Rusia, Austria y el rey de Prusia vuelven á ponerse á la cabeza de los ejércitos que marchan contra Francia.
- 1.º de junio. Asamblea del Campo de Mayo.
- 2. — El Emperador nombra 112 pares.
- 7. — Apertura de las cámaras.
- 9. — Fin del congreso de Viena.
- 12. — El Emperador sale de Paris para ponerse al frente del ejército.



Muerte del emperador Napoleon.

WATERLOO. — SANTA-ELENA.

A su vuelta á Francia, solo hallára Napoleon ochenta mil hombres armados, cuando las potencias aliadas contaban bajo sus banderas mas de ochocientos mil; pero su actividad prodigiosa y un continuo trabajo de diez y seis horas diarias reorganizaron el ejército. El primero de junio ascendian nuestras fuerzas á cuatrocientos mil hombres; con dos meses mas, en setiembre, hubiéramos contado setecientos mil. Pero la insurreccion de la Vendée, que volvió á encenderse, la custodia de los puertos y fronteras del mediodia y del este, y las guarniciones de las plazas fuertes no dejaban disponibles en la frontera del Norte mas que unos ciento veinte mil hombres. El Emperador con todo se decidió á tomar la ofensiva.

El ejército se hallaba dividido en tres cuerpos. Ney mandaba el de la izquierda, fuerte de cuarenta y ocho mil hombres y de ciento diez y seis piezas de artilleria; Grouchy el de la derecha, que se componia de treinta y ocho mil, y ciento doce piezas: en fin, el Emperador el del centro compuesto de treinta mil combatientes y ciento treinta y cuatro cañones. Era lo mas escogido de las tropas, con la guardia de infanteria y de caballeria.

El 15 de junio, el ejército atravesó la frontera, pasó el Sambre y llegó á Charleroi. Los ejércitos enemigos, ignorando nuestros movimientos, no se habian reunido aun; el objeto que se proponia el Emperador era atacar el centro de la línea, y dejarla cortada.

El mariscal Ney debia marchar á Quatre-Bras, punto en que se reunen las diversas calzadas que conducen á Bruselas, á fin de contener á los ingleses é impedir que socorrieran á los prusianos, á quienes se proponia atacar el Emperador con el resto de sus fuerzas. Pero el mal estado de los caminos impidió al mariscal ejecutar desde luego este movimiento cuya orden habia recibido.

El 16, encontró el Emperador cerca de Fleurus, entre Saint-Amand y Sombref, el ejército de Blucher, fuerte de cien mil hombres, formado en batalla, delante del Sambre. El francés formó delante de la línea prusiana, á fin de ocuparla de frente, y Napoleon mandó á Ney que solo dejase un destacamento de observacion en Quatre-Bras, y se dejara caer desde luego sobre Bry para atacar la retaguardia del enemigo.

Esperaba con seguridad el efecto de aquella medida que debia asegurar la destruccion del ejército prusiano, y se preparaba ya á empeñar el combate, luego que el cañon anunciara la llegada del mariscal. Quatre-Bras dista solo dos leguas y media de Sombref. El tiempo iba pasando y Ney no comparecia. A las cuatro de la tarde, apesar del retardo del lugar-teniente, el Emperador resolvió atacar. Los instantes eran preciosos; si dejaba pasar el dia, se arriesgaba á no encontrar otra vez la ocasion de batir aislado al ejército prusiano. El esfuerzo de nuestras tropas se dirigió desde luego contra la izquierda hácia Saint-Amand, á fin de atraer á Blucher á aquel lado, opuesto á su línea de retirada, y todo se hallaba dispuesto para caer sobre el centro, luego que se hallara desmembrado. Los prusianos se batieron con resolucion. A las seis, nada se habia decidido, y se dió un vigoroso y último ataque; la poblacion de Ligny que cubria el centro del enemigo fué tomada y el centro enteramente destruido. La derrota de los prusianos era completa; pero Ney no habia desembocado aun de Quatre-Bras y Bry no habia sido ocupado.

Esta falta salvó al ejército enemigo, que desfiló por esta poblacion, favoreciendo su retirada la oscuridad de la noche. Perdió con todo cuarenta piezas de artillería, y tuvo unos veinte mil hombres fuera de combate. Fué tal el desorden que se siguió á aquella derrota, que al dia siguiente apenas habia reunido Blucher treinta mil hombres.

Un combate habia sido la causa del desgraciado retardo de Ney. No habiendo este mariscal apresurado su marcha, encontrara á los ingleses posesionados ya de Quatre-Bras, y apesar de sus repetidos ataques, no habia podido desalojarlos.

Con todo, el objeto del Emperador se habia cumplido: la línea enemiga se hallaba cortada y Blucher separado de Wellington; á Grouchy, recientemente elevado al grado de mariscal, le fué encargada la persecucion de los prusianos, mientras que Napoleon, cayendo sobre la izquierda, fué á reunirse con Ney á fin de atacar el ejército inglés.

La flojedad y desidia con que Grouchy efectuó aquella persecucion fué mas fatal aun al ejército francés que lo habia sido la demora de Ney. Este habia salvado á los prusianos, aquel á los ingleses, y dejando que el ejército de Blucher llegara al campo de batalla, fué la causa que acarreó el desastre de Waterloo.

El ejército inglés habia tomado posicion delante del bosque de Soignies. Constaba de ciento veinte mil hombres entre ingleses, escoceses, belgas y hannoverianos, y Wellington parecia decidido á aceptar la batalla, lo que admiró mucho al Emperador. Era un feliz resultado de sus combinaciones y un verdadero golpe de fortuna obligar á los dos generales enemigos á combatir aislados y sucesivamente. Dió desde luego á Grouchy la orden de ocupar el desfiladero de Saint-Lambert, á fin de que si aquel mariscal no tomaba una parte activa en el combate, cayendo sobre la izquierda del ejército inglés, preservara á lo menos el flanco derecho del francés.

La lluvia, que no habia cesado de caer un instante todo el dia 17 y durante la noche del 17 al 18, habia inundado el

suelo de tal modo, que era imposible maniobrar aunque se despejó el tiempo en la mañana del 18; fué preciso esperar, durante algunas horas, que el sol le diese alguna consistencia. El Emperador habia reconocido la posicion del enemigo (delante de la poblacion de Mont-Saint-Jean, en el punto en que se cruzan los caminos de Nivelles y de Charleroi, para Bruselas), que era una colina de suave declive, favorable á la artillería, desde donde podía Wellington percibir todos nuestros movimientos. Serian las diez y media, cuando dió orden el Emperador de atacar la derecha de Mont-Saint-Jean, por Papelotte; pero el mariscal Ney, viendo que el terreno se hallaba cortado por un pantano cenagoso que impedia el paso de la infantería, propuso al Emperador remontar hasta el origen de la quebrada que conducia al centro del enemigo, hácia la Haie-Sainte. Napoleon consintió en ello, por dos razones: la primera, porque atacaba de este modo al enemigo por el centro, género de ataque cuya ventaja apreciaba; la segunda, porque la posicion enemiga, cuya retaguardia se apoyaba en el bosque de Soignies, no tenia mas retirada que la calzada de Bruselas: cortando al ejército inglés por el centro y hostigándole por esta misma calzada, podia hacerse dueño de la salida del bosque de Soignies, y entonces, separadas las dos alas una de otra y sin comunicacion alguna con Bruselas, se hubieran hallado altamente comprometidas.

Serian las once cuando se empeñó el combate por medio de un ataque de la izquierda francesa contra la derecha enemiga; ataque dado á fin de engañar al general inglés. Y, en efecto, Wellington reforzó desde luego la derecha con sus mejores tropas. Entretanto un suceso desgraciado sobrevino á nuestras columnas de ataque. Ney, formado delante de Papelotte, habia puesto en marcha sus divisiones para operar el ataque convenido; pero su artillería atascada en los lodazales, efecto de ocho dias de continua lluvia, no podía seguirle de ningun modo: la caballería enemiga cayó sobre una de nuestras brigadas y sobre estas piezas privadas de todo socorro; la infantería se hallaba estrechada en demasia para poder combatir: fueron dispersados algunos batallones, y los ginetes ingleses, alejando á sablazos á los conductores, cortaron los tiros y ar-

reos de los caballos, poniendo momentáneamente algunas piezas fuera de servicio, hasta que se presentó una brigada de coraceros franceses que los dispersó. El mariscal Ney se vió forzado á continuar la marcha de su artillería hácia Haie-Sainte. Con todo, sostenido por las baterías del centro, atacó resueltamente la posicion, é hizo desaparecer cuanto se le oponia. Nuestra caballería dió diversas cargas brillantes contra la línea inglesa, y hasta llegó á acuchillar las reservas de Wellington. El vigor de la defensa era igual al del ataque. Apesar de la superioridad de la artillería enemiga, que por su inmovilidad podia continuar sus disparos, nuestras columnas hacian sensibles progresos. Ney se habia establecido ya en la Haie-Sainte, cuando de repente anunciaron al Emperador que se descubrian tropas en marcha por el lado de Saint-Lambert. Creyó desde luego que era el cuerpo de Grouchy, que, atraído por el ruido del cañon, venia á tomar parte en el combate; pero bien pronto los prisioneros le hicieron conocer que la columna que desembocaba del desfiladero (¡no habia este sido ocupado!) era el cuerpo de Bulow, que, habiendo operado su union con el de Blucher, formaba la vanguardia del ejército prusiano: apenas lo creia el Emperador. Luego, y sin cesar de combatir en el centro, dió orden á la joven guardia, que se ponía en movimiento para sostener al mariscal Ney, de que pasára á la derecha á contener los prusianos. No eran mas que las dos de la tarde, y esperaba tener todavía tiempo para acabar la derrota de Wellington, antes de la llegada de Blucher. Nuestra caballería cargó á las masas inglesas que ocupaban la meseta de Mont-Saint-Jean. Este último esfuerzo debia ser decisivo; pero Wellington, que sabia la llegada de su aliado, comprendió la importancia de sostenerse, hasta que el ejército prusiano pudiera tomar parte en el combate. Este se empeñó con furor, y empezó una carnicería horrible. La infantería inglesa formada en cuadro moria en sus puestos; y durante dos horas nuestros coraceros diezmaron sus batallones. Ni la artillería ni las bayonetas podian detener sus impetuosas cargas: doce mil ingleses cayeron bajo sus golpes. Los fugitivos cubrian ya el camino de Bruselas; los soldados, echando sus armas, buscaban un refugio en el vecino

bosque. Wellington, considerándose vencido y desesperando de poder prolongar la lucha, iba á dar la señal de la retirada, cuando apareció Blucher. Una parte de sus divisiones, entrando en el campo de batalla, unió el cuerpo de Bulow con la izquierda de Wellington, y el resto se prolongó sobre nuestra derecha para envolverla.

La certeza de ser socorridos reanimó á los ingleses. De una defensa pasiva pasaron á una ofensiva impetuosa, y nuestros soldados, fatigados por el combate de la mañana, hicieron un movimiento retrógrado. En vano la guardia se adelantó para sostenerlos: la llegada de los prusianos á la Haie-Sainte mudó enteramente la faz del combate. La guardia, formada en cuadro, hizo una heroica, aunque vana resistencia. Las fuerzas superiores del enemigo, la noche, y un grito fatal de *campe quien pueda*, salido de la boca de un cobarde ó lanzado por un traidor, decidieron la derrota del ejército francés. El Emperador queria morir, pero casi por fuerza fué arrebatado del campo de batalla.

Solos los batallones de la guardia, con el bravo general Cambronne á su frente no retrocedieron un paso. En medio de cargas impetuosas, su general dió entonces á las intimaciones del enemigo aquella respuesta célebre: «La guardia muere, pero no se rinde.» Si no la dió como pretenden algunos, su conducta equivalió á las palabras, y en aquella circunstancia ofreció á los franceses un pensamiento generoso y un heroico ejemplo.

La llegada del Emperador á Paris despues de este desastre, hubiera podido escitar aun el entusiasmo popular y crear nuevos defensores á la patria. Solo él era capaz de reunir á los soldados; pero la cámara de los representantes no comprendió el papel que debía representar para resistir al extranjero. En lugar de apoyar al Emperador, le manifestó sentimientos hostiles; se declaró en permanencia, como hiciera en otro tiempo la convencion nacional; y lo mismo que aquella asamblea, que arrebató el trono á Luis XVI, obligó al Emperador á deponer la corona; pero á lo menos aquella habia sabido vencer á la coalicion.

Napoleon anunció al *pueblo francés* el nuevo sacrificio que le imponia la actitud de la cámara:

«Cuando empecé la guerra para sostener la independenciam nacional, contaba con la reunion de todos los esfuerzos, de todas las voluntades, y con el concurso de las autoridades de la nacion. Esperaba el triunfo con certeza, y habia desafiado contra mí las declaraciones, de las potencias aliadas. Ahora me parece que han cambiado las circunstancias. Me ofrezco en sacrificio al odio de los enemigos de la Francia. Ojalá sean sinceras sus declaraciones y sea cierto que solo pelearon contra mi persona! Está terminada ya mi vida política, y proclamo á mi hijo bajo el nombre de *Napoleon II*, Emperador de los franceses. Los ministros actuales formarán provisionalmente el consejo de gobierno. El interés que profeso á mi hijo me obliga á invitar á las cámaras á que, por medio de una ley, organicen sin demora la regencia. Unanse todos para el bien público y para la independenciam de la nacion.»

Las cámaras, admiradas sin duda de obtener tan fácilmente la abdicacion que habian provocado, enviaron diputaciones al Emperador.

«Os doy gracias, les respondió, por los sentimientos que me manifestais. Deseo que mi abdicacion haga la felicidad de la Francia, pero no lo espero, pues deja al estado sin *gese* y sin existencia política. El tiempo que se ha perdido en derribar la monarquía hubiera podido emplearse en poner á la Francia en estado de derrotar al enemigo.»

Obligando á Napoleon á despojarse del carácter imperial, no le habian podido arrebatár los talentos militares que habian hecho la gloria del general Bonaparte. Ofreció ponerlos á disposicion de la patria amenazada; pero los que se habian coaliado contra él no permitieron que la mano que habia manejado el cetro de Emperador volviéram á blandir la espada de general. Se vió forzado á abandonar Paris y á buscar un refugio fuera de Francia, pues su presencia ponía trabas á la traicion, é intimidaba á la imbecilidad. Los que temian el ascendiente de Napoleon eran juguetes de Fouché, y formaban la mayoría de las dos cámaras.

Cuando salió de París, ya no era libre el Emperador, pues la comisión del gobierno provisorio le señalara un vigilante que le acompañó hasta Rochefort. Se escogió para aquella misión un general que tuviera que quejarse de Napoleón; pero en el corazón de aquel oficial el honor hablaba más alto que la enemistad, y conservó siempre un profundo respeto hacia su ilustre cautivo. El Emperador renunció al proyecto de embarcarse para América, que de antemano había concebido, y el 13 de julio, desde Rochefort, escribió esta carta al príncipe regente de Inglaterra, que llevó á Londres el general Gourgaud:

«Alteza real: acosado por facciones que dividen mi país, y por las potencias más poderosas de Europa, he terminado mi carrera política, viniendo como Temístocles á sentarme en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de V. A. R. como del más poderoso, más constante y más generoso de mis enemigos.»

«NAPOLEON.»

Entretanto el tiempo urgía, y París había sido ocupado por los extranjeros. Uno de los capitanes de la estación naval inglesa, M. Maitland, declaró el 14 «que no había recibido aun salvo-conductos para el Emperador (que habían sido pedidos desde el 10); pero que si quería embarcarse para Inglaterra, se hallaba autorizado para conducirlo y tratarle con el respeto y miramientos debidos al rango que había ocupado.»—Creyendo en la fe de estas palabras, el Emperador se embarcó el 15 con su séquito á bordo del *Belerofonte*, donde fué recibido con todos los honores militares. En el momento de abandonar el puerto, dijo al general Becker, que se preparaba para acompañarle hasta dentro del navío inglés: «Retiraos, general; no quiero que pueda creerse que un francés me haya entregado á mis enemigos.»

Al capitán Maitland se le había comunicado el contenido de la carta dirigida al príncipe regente. El Emperador, al poner el pie en el buque, le dijo: «Vengo á vuestro bordo á ponerme bajo la protección de las leyes de la Inglaterra.»

Los vientos contrarios detuvieron el *Belerofonte* en el mar durante nueve días, y hasta el 24 no ancló en la rada de Torbay. Gourgaud volvió diciendo, que no le había sido permitido llegar hasta el príncipe regente, lo que era de fatal augurio; y en efecto, el 30 de julio, supo Napoleón que iba á ser cautivo para siempre. Un subsecretario de estado, y un almirante inglés (lord Keith) le entregaron una declaración ministerial concebida en estos términos:

«No puede convenir en modo alguno ni á nuestros deberes hacia nuestro país, ni á nuestros aliados, que el general Bonaparte conserve los medios de turbar de nuevo la paz del continente. La isla de Santa-Elena ha sido escogida para su residencia futura. *El clima es sano*, y su situación local permitirá que se le trate allí con más indulgencia que en otra parte, *vistas las indispensables precauciones que se deberian tomar para asegurar su persona....*»

A tan manifiesta violación de los derechos de la humanidad y de la desgracia, el Emperador indignado dió por respuesta á lord Keith esta elocuente protesta:

«Protesto solemnemente aquí, á la faz del cielo y de los hombres, contra la violencia que se me hace, contra la violación de mis más sagrados derechos, disponiendo á la fuerza de mi persona y de mi libertad. Voluntariamente me embarqué en el *Belerofonte*. Yo no soy prisionero, sino huésped de la Inglaterra. Me embarqué á instancias del mismo capitán, que dijo tenía órdenes del gobierno para recibirme y conducirme á Inglaterra con mi comitiva, si esto era de mi agrado. Me he presentado de buena fe, para ponerme bajo la protección de las leyes inglesas. Si el gobierno, al ordenar al capitán del *Belerofonte* que me recibiese á bordo, solo quiso tenderme un lazo, ha faltado á su honor y mancillado su pabellón. Si se consuma este acto, en vano querán los ingleses hablar en adelante de su lealtad, de sus leyes y de sus libertades. La fe británica se encontrará perdida en la hospitalidad del *Belerofonte*. Apelo de ello á la historia: ella dirá que un enemigo, que hizo durante veinte años la guerra al pueblo inglés, vino libremente en su infortunio á buscar un asilo á la sombra de sus leyes. Que